# LA PASIÓN SEGÚN CIUDAD REAL

**PREGÓN SEMANA SANTA CIUDAD REAL 2019**
**José María Barreda Fontes**

El pasado día 2 falleció D. Rafael Torija, Obispo emérito de Ciudad Real a quien apreciaba y respetaba mucho y con quien colaboré en mi etapa de Gobierno de Castilla-La Mancha, tanto como Consejero de Educación y Cultura, como Presidente.

En 1984 pusimos en marcha la Comisión Mixta de la Junta de Comunidades y la Iglesia Católica para la rehabilitación de su patrimonio histórico-artístico, y la copresidimos, él representando a las cinco Diócesis de la Región y yo al Gobierno de Castilla-La Mancha. Creo que hicimos un buen trabajo. Poco después, imitaron esta iniciativa en el resto de las CCAA.

Por lo demás, él había nacido en Noez, Toledo, donde el abuelo de mi mujer era médico y D. Rafael amigo de la infancia de su padre, con lo cual tuvimos ocasión de tratarle más.

Fue un gran hombre, un buen cristiano, un gran pastor: perdurará en nuestro recuerdo.

D. Rafael fue pregonero de nuestra Semana Santa en 1985. La lectura reciente de su pregón me acomplejó y convenció de que a mí esta misión me queda grande: querido Paco Turrillo, menuda faena me has hecho!

Naturalmente, con el recuerdo emocionado, dedico a D. Rafael estas palabras. También con el recuerdo de otra persona querida, que fue asimismo

pregonero de la Semana Santa en 1990, el llorado Rafael Romero, fallecido este mismo año.

Una parte de este Pregón, cuando más adelante me refiera a la destrucción de los Pasos en 1936, está inspirada en una charla con D. Rafael con ocasión de la devolución de las figuritas que sobrevivieron del Portapaz de Uclés.

Ciudad Real está lejos del mar, lejos de la montaña pero muy cerca del firmamento, en el centro de este gran anchurón cósmico que es La Mancha.

Está cerca del cielo sobre todo en las noches de luna llena que iluminan misteriosamente nuestra Semana santa ya que desde el Concilio de Nicea del año 325 la Pascua de Resurrección se celebra el domingo después de la primera luna llena que sigue al equinoccio de la primavera.

En la primavera renace la naturaleza y lo que los cristianos celebramos en Semana Santa es, desde luego el memorial de la Muerte de Cristo pero, sobre todo, la Resurrección que es la que hace que la crucifixión tenga sentido.

Podemos leer en la Primera Carta a los Corintios: "Os transmití ante todo lo que yo mismo recibí: que cristo murió por nuestros pecados… y que fue sepultado; y que fue resucitado al tercer día, según las escrituras".

Y en el evangelio de Lucas, los ángeles preguntaron a las mujeres que se acercaron al sepulcro: "¿por qué buscáis entre los muertos al que vive?".

Como pregonero, como heraldo de nuestra Semana Santa, eso es lo que quería anunciar, lo

esencial que dijo San Pablo a los Corintios: que Cristo murió y resucitó por nosotros.

En definitiva, pregón viene de praeconium y significa, según la Real Academia de la Lengua, "publicación que en voz alta se hace en los sitios públicos de una cosa que conviene que todos sepan". Y esto es precisamente lo que conviene que todo el mundo sepa: que Cristo resucitó.

Ahora, permítanme otras consideraciones nada transcendentales.

En primer lugar, un desahogo. Cuando Paco Turrillo, Presidente de la Asociación de Cofradías, me ofreció ser el Pregonero de este año, me vino a la memoria un recuerdo muy vivo de 1992 cuando el entonces Presidente, ese gran semanasantero que fue Vicente García-Minguillán, me propuso hacer el pregón de aquel año. Lo agradecí mucho, acepté y, muy pronto, me arrepentí: considero que el pregón es "un género literario" (lo digo con comillas) muy difícil, siempre limitando con el tópico, el panegírico, los lugares comunes y la exaltación acrítica de lo local. Pues un pregón ni es conferencia, ni charla, ni sermón.

Sin embargo, pese a todo, acepté y, ya ven ustedes: soy reincidente. Reincidente en la aceptación y en el arrepentimiento.

Para el Pregón del 92 me documenté a fondo por aquello de que "no sabiendo los oficios los haremos con respeto" como "dijo el príncipe Hamlet viendo cómo cantaba y cavaba una fosa al mismo tiempo un sepulturero".

Como no domino el oficio, lo hago con enorme respeto: he leído muchos pregones anteriores, he

repasado los números de Ciudad Real Cofrade, algunas Guías oficiales de los años 80 y 90, bibliografía como el estudio de Julián Plaza, la reciente publicación de Rafael Cantero, llamada ”Retrospectiva. Semana Santa de Ciudad Real”, muy interesante y bien documentada.

Desde luego los estudios de la pionera Isabel Pérez Valera y las aportaciones de mi maestro Manuel Espadas. Y el resultado ha sido que me bloqueé. No sabía por dónde orientar el pregón sin repetir lo que ya habían dicho muchos otros e incluso yo mismo hace unos años.

Entonces me acordé de una frase de Cervantes y confié en que se cumpla. La cita cervantina es “lo que se sabe sentir, se sabe decir”.

Yo tengo una gran simpatía por nuestra Semana Santa en el sentido etimológico de la palabra esto es, “sentir con”, “tener compasión”, “sufrir juntos”.

Sé sentir nuestra Semana Santa al menos, desde los siete años que tengo en la fotografía en la que estoy vestido de penitente junto a mis hermanos y primos publicada en la Guía de este año.

Pero vuelvo al proceso de elaboración de estas líneas que estoy leyendo a modo de Pregón.

Estas pasadas navidades quedé a tomar un café en el Bar España con Paco Turrillo, el vicepresidente Julio Sánchez y el secretario Alfonso Doblado, para hablar del encargo que me hacían. Pasé un buen rato con ellos y al volver a casa, de repente, frente al Belén que todos los años mi mujer y yo montamos para los nietos, tuve una asociación de

ideas: del pesebre, a la cruz; de Belén a Jerusalén; de la Navidad a la Semana Santa; de la ingenua y bonita costumbre iniciada por San Francisco de Asís en la Edad Media, a las procesiones que alcanzan su apogeo tras el Concilio de Trento como respuesta a la Reforma Luterana cuando la iglesia española combatió la Reforma Protestante y utilizó el culto a las imágenes para llevar al pueblo su doctrina y su fe.

En el portal de Belén, en el Nacimiento, se utilizan pequeñas figuritas de barro que recrean "escenas" del nacimiento de Jesús:

Pastores a los que un ángel anuncia la Buena Nueva; el castillo de Herodes, que recuerda la matanza de los inocentes, con los romanos que nos sitúan en su ocupación de Judea y Galilea; los Reyes Magos y, sobre todo, el pesebre del establo con San José, la Virgen María y el niño Jesús, con la mula y el buey. Se trata, nada más y nada menos que del nacimiento del hijo de Dios hecho hombre en las entrañas de la Virgen María por obra y gracia del Espíritu Santo.

En los Belenes se hace pedagogía recreándose lo narrado en el evangelio según San Lucas." En aquel tiempo apareció un edicto del César Augusto, para que se hiciera el censo de toda la tierra… Subió José de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David que se llama Belén… para hacerse inscribir con María su esposa que estaba en cinta… y dio a luz a su hijo; y lo envolvió en pañales y lo acostó en el pesebre, porque no había lugar para ellos en la hostería. Había unos pastores acampados al raso que pasaban la noche

custodiando a su rebaño, y he aquí que un ángel del Señor se les apareció…".

San Mateo nos cuenta cómo unos magos del Oriente llegaron a Jerusalén y preguntaron a Herodes:" ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque hemos visto una estrella y venimos a abrazarlo. Y Herodes se turbó" y como quiera que Herodes deseaba matar al niño, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:" Levántate, toma contigo el niño y a su madre y huye a Egipto".

Es decir que Jesús nació fuera de su casa y enseguida es perseguido y tiene que emigrar con su familia. "Fui extranjero y me acogisteis" dice en el evangelio de Mateo. Siempre es bueno recordar, pero tal vez más ahora por los tiempos que corren, lo que dijo la Conferencia Episcopal en 2007: "El inmigrante no es "una fuerza de trabajo", sin más, sino una persona. Con eso está dicho todo lo que a dignidad humana y derechos fundamentales se refiere".

En Belén, como todo bebé Jesús es un niño débil e indefenso, todo ternura y fragilidad.

De Jesús en Nazaret se sabe poco.

En Galilea inició su vida pública, allí eligió a sus discípulos y anunció la inminencia del Reino de Dios. Pero es en Jerusalén donde fue crucificado, muerto y sepultado y donde a los tres días resucitó.

Todo esto es lo que se representa en las procesiones de la Semana Santa, sacando a la calle los pasos para que los fieles vean la representación de la pasión.

Dice el Catecismo de la iglesia católica que las procesiones son una forma de piedad de los fieles y

de religiosidad popular. En el Vaticano II se dijo que estas expresiones prolongan la vida litúrgica de la Iglesia, pero no la sustituyen" y en los textos de la Conferencia General del Episcopado Latinoamericano celebrada en Bogotá en 1979, puede leerse que "la religiosidad del pueblo es un acervo de valores que responde con sabiduría cristiana a los grandes interrogantes de la existencia. La sabiduría popular católica tiene una capacidad de síntesis vital; así lleva conjunta y creadoramente lo divino y lo humano; Cristo y María, espíritu y cuerpo; comunión e institución; personas y comunidad; fe y patria; inteligencia y afecto…".

De todo esto hay en nuestra Semana Santa. Desde el Domingo de Ramos al de Resurrección, procesionan por nuestras calles pasos con imágenes que, como dice el catecismo, "están destinadas a despertar y alimentar nuestra fe".

El arte religioso se renovó después del concilio de Trento poniéndose al servicio de la iglesia española que fue la vanguardia de la reacción contra la Reforma y los planteamientos doctrinales de Lutero. Por ejemplo, el culto a la Virgen se desarrolló mucho otorgándole una importancia capital en la salvación humana.

En las artes plásticas del barroco, en las que se inspiran la mayor parte de los "pasos", se representa lo imperecedero, pero de un instante concreto, una escena, una instantánea, que alcanza su punto crítico dramático buscando el mayor realismo posible. La finalidad era sacar las imágenes del interior de los templos a la calle con representaciones que el pueblo, sin necesidad de

saber latín, comprendiera perfectamente. Se hacía pedagogía y se exteriorizaba la fe.

El pueblo contempla las representaciones y se identifica con ellos. El objetivo es conmover con la representación del acontecimiento de la pasión.

Y los ciudadrealeños nos conmovemos con los Cristos saliendo de nuestros templos, con las Dolorosas recorriendo nuestras calles (hay todo un circuito urbano cuya mención remite a las procesiones: Azucena, Lirio (como si estos nombres de flores aromatizaran los pasos) Compás de Santo Domingo, Estación de Vía Crucis, Mata, etc.

Quiero abordar ahora una cuestión delicada, pero creo que es justo hacerlo. Tiene que ver con la conversación que tuve con D. Rafael y que recordé el pasado día 4 durante su misa exequial en la catedral,frente al retablo de Giraldo de Merlo, presidido por la Virgen del Prado, y junto al féretro que contenía su cuerpo.

Al repasar la historia de las Cofradías y de las Hermandades de Ciudad Real, se constata que todos los pasos que procesionaban antes de 1936 fueron destruidos y quemados ese año en la vorágine de furia, rabia y odio que estalló aquel mes de julio.

Buenos historiadores de nuestra Facultad de Letras han estudiado la Guerra Civil en Ciudad Real. No haré yo ahora un análisis de las raíces y de los desencadenantes de aquella atroz guerra fratricida. Sólo constato un dato en relación con lo que nos ocupa : en julio del 36 - antes de que la República tratara de frenar la destrucción del Patrimonio artístico – en Ciudad Real rompieron y quemaron

todos los pasos de nuestra Semana Santa, algunas de cuyas figuras estaban incluso atribuidas a Martínez Montañés.

Aquella vorágine iconoclasta ocasionó pérdidas irreparables. A partir de 1939 hubo una importante recuperación y resurgir de las hermandades y cofradías con el encargo de nuevos pasos: En 1943 se fundó la cofradía del Silencio y de la Virgen del Mayor Dolor.

Entre 1946 y 1951 se restauró la Cofradía del Santísimo Cristo de la Caridad -Longinos-: y la primitiva imagen de Nuestra Señora de los Dolores, atribuida a Montañés, fue sustituida por la actual donada por Adela Alcázar.

La Hermandad de Nuestro Padre Jesús Nazareno, la más antigua de Ciudad Real, desfiló por primera vez, tras la guerra, en 1942. La oración del Huerto se rehízo después de 1939 reproduciendo el paso de Murcia.

La cofradía del Encuentro se reorganizó también después de la guerra; así como la Hermandad de Nuestro Padre Jesús Caído, que, fundada en 1833, fue deshecha en el 36 y vuelta a rehacer posteriormente con una talla de Marco Pérez. La Hermandad del Santísimo Cristo del Perdón y de las Agua – también de las más antiguas puesto que se conservan libros del siglo XVI – desapareció al estallar la guerra. Lo mismo ocurrió con el Cristo de la Piedad, con su imagen y su gran retablo, destruidos y quemados; la actual imagen es del sevillano Antonio Castillo Lastrucci.

La Hermandad del Descendimiento humilde y Fervorosa, cumple este año el 75 aniversario de la

llegada del misterio a Ciudad Real en 1944; ese mismo año se fundó la Hermandad de Nuestra Señora de las Angustias, también de Marco Pérez.

La fecha exacta de la fundación de la Cofradía del Santo Sepulcro se desconoce, pero hay documentos de 1810 que se refieren a ella y también sufrió la destrucción en el 36; en 1940 procesionó un Cristo yacente en una urna de cristal, con un ángel de escayola que fue sustituido en 1943 por el actual del catalán Claudio Rius.

Por su lado la Hermandad de Nuestra Señora de los Dolores se fundó en 1600, en el 36 sólo se salvó el manto y el palio y en 1940 se reorganizó la Cofradía y una imagen de Castillo Lastrucci sustituyó a la destruida.

La Real Cofradía de Nuestra Señora de la Soledad y Tercio de los Siete Dolores, fundada en 1880 también fue completamente rota y en 1940 Marco Pérez realizó la actual.

Como se ve, en los primeros años de postguerra se hizo un gran esfuerzo por recuperar las antiguas Cofradías.

Tengo, por cierto, en mi archivo el número 1 del año 1 de la Revista –Guía de Semana Santa, llamada **La Pasión**, publicada en Ciudad Real en 1954. En ella hay una ficha de todas las Hermandades y Cofradías que había en dicho año y, curiosa, y tal vez simbólicamente, no hay en ninguna de ellas mención a las destrucciones del año 36. Un soplo prematuro de reconciliación.

Me viene ahora a la cabeza una anécdota significativa del deseo de reconciliación y superación de los enfrentamientos cainitas. Siendo presidente

de Castilla-La Mancha, y Secretario General de los socialistas de la Región, visité un pueblo del Campo de Montiel. EL alcalde, que era correligionario, me dijo: "Presidente, tenemos la obligación de rehabilitar el órgano de la iglesia, que es del siglo XVIII y se estropeó en el 36". Yo, que sabía lo que había ocurrido, le pregunté intencionadamente:" ¿Que se estropeó?". Y él como en un acto de contrición, me dijo utilizando la primera persona del plural: "Bueno, que lo quemamos en el 36". Él no había nacido todavía pero se sentía responsable y quería reparar, superar el daño. Naturalmente el órgano se restauró. Cuando le conté esta anécdota a D. Rafael, sonrió con la expresión franca, inteligente y de bondad que le caracterizaba.

Por desgracia, no puede restaurarse todo lo destruido, y mucho menos las muertes de los españoles que se mataron en una guerra fratricida, pero sí superar los odios y los arrepentimientos y organizarnos para que nunca se repitan ese tipo de episodios.

Tal vez sea el momento de recordar ahora las primeras palabras de la Encíclica de Benedicto XVI, Deus caritas est "Dios es amor y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él". Permítanme, en este momento, que reivindique el valor de la política, de la buena política, que consiste precisamente, ya lo decían los clásicos, en sustraer al odio su carácter eterno; es decir, en organizar la paz y la convivencia.

Antes decía que, en la historia reciente de nuestra Semana Santa hubo un gran momento, de recuperación en los años 40; y también en los 50: por ejemplo, Medinaceli y la Virgen de la Esperanza.

Después, en los 60, se crearon nuevas Cofradías, como la de la Santa Cena, de los estudiantes, a los cuales, no se les ocurrió otra cosa que, sin tener un duro, encargar el paso con más imágenes: Jesús y todos los apóstoles. Se fundó en 1960 y en el 63 se creó una rama femenina dirigida por Numidia Pastor y mi vecina Felisa Roldán; tras superar las reticencias del entonces obispo-prior Juan Hervás, se aprobó que las hermanas vestidas de mantillas desfilaran tras la cruz guía. Sobre la mantilla, prenda típicamente española, el autor siciliano Leonardo Sciascia, escribió: "me gusta recordar a las mujeres en procesión: sumamente elegantes con el negro de los vestidos y las mantillas, todas con la alta peineta de la que desciende la mantilla. Resultan bellas hasta las feas. Y bellísimas las bellas". (Sciasca era italiano ¡qué le vamos hacer!). De todo lo relacionado con la Santa Cena sabe mucho mi presentador Manuel López Camarena.

Siguiendo con el proceso de fundación de Cofradías, se advierte que después de la transición, con la recuperación de la Democracia, hubo también un cierto rebrote en la creación de Hermandades; por ejemplo, en 1983 La Flagelación y la Virgen del Consuelo, la Coronación de Espinas y Nuestra Señora del Perdón en 1992, Jesús de las Penas en 1993 o el Prendimiento en 1999.

En 1962, según La Pasión, el folleto editado por la Asociación de Cofradías de ese año, salieron diecinueve Cofradías. Este año hay veinticuatro; es decir cinco más, lo que no deja de ser un dato interesante, así como la constatación del aumento de participación de cofrades, de bandas de trompetas y tambores y de algo especialmente querido para mí: de jóvenes costaleros que deciden

echarse sobre sus hombros el peso de la Semana Santa.

Guardo con cariño el pergamino con la mención honorífica que con ocasión del 40 aniversario de los Costaleros de Pilatos me entregó Antonio Oraá como Hermano Mayor en 2009.

En su generoso ofrecimiento para que pregonara la Semana Santa de este año Paco Turrillo me dijo amablemente que la designación se hacía como agradecimiento a la colaboración que presté para conseguir que fuera declarada de Interés Turístico Nacional en 2006. Lo agradezco pero, sinceramente, no tiene mérito. Entonces estaba en condiciones de influir y ayudar y lo hice.

Hacer lo que se puede en beneficio de tu ciudad es una obligación y un privilegio.

Pero diré algo que espero que se entienda bien. Comprendo perfectamente el interés económico y social que tiene para la ciudad la declaración de Interés Turístico Nacional. Supone un reconocimiento a la importancia de nuestra Semana Santa y un reclamo para que venga más gente a conocerla y, de paso, a gastar en nuestros hoteles, bares y tiendas.

No resto importancia a este aspecto pero tengo claro que, no obstante, para mí, la Semana Santa no es para el turismo. Al contrario, creo que es un buen momento para la introspección.

Siempre me gustaron las etimologías: introspección procede de una palabra latina que significa "mirar o inspeccionar en el interior"; es decir, es la capacidad para analizar y observar nuestro mundo personal y profundo.

No sé a ustedes, a mí, con frecuencia, cuando asisto a acontecimientos multitudinarios siento, paradójicamente, una cierta sensación de soledad.

En nuestra Semana Santa tengo vivencias contradictorias: siento la excitación de la primavera, la euforia de las calles llenas de gente, el olor de flores y cera, el espectáculo colorido de las túnicas, la belleza plástica de "los pasos"… pero también, y según cumplo años cada vez más, la melancolía del tiempo trascurrido, la nostalgia de las personas con los que compartí vivencias y que ya no están. Mis padres me llevaban a visitar los monumentos y a ver las procesiones, y les echo de menos, también a algunos amigos o, sencillamente a caras conocidas de la ciudad que sabes que nunca volverás a ver.

Y es que la Semana Santa, como le ocurre a otras fechas señaladas, como la Navidad, son un anclaje emocional que en este mundo globalizado y banalizado te arraiga en la tierra, en tus creencias en la historia, y hace más profundas las raíces de la propia existencia.

Se ha dicho aguda y poéticamente "mi patria es mi infancia", lo dijo Baudelaire, y lo reiteró Rainer María Rilke: "la verdadera patria del hombre es su infancia".

Mi infancia no es un recuerdo de un patio de Sevilla, como la de Antonio Machado que compuso la magistral saeta al Cristo de los Gitanos popularizada por Serrat. Mi infancia está en la casa de mis padres, en el baúl donde se guardaban las figuritas del Belén y las túnicas de Semana Santa, que olían a alcanfor, con los capiruchos y velas y está en las calles de Ciudad Real, en todas las estaciones del año y, de manera especial, en esos

días y esas noches de luna llena en la que todo me fascinaba: los pasos, los penitentes, las cornetas y tambores, la banda de música, los armaos venidos de los pueblos de los campos de Calatrava, las comidas especiales, la iglesia con los lienzos morados tapando las imágenes…

Escribió Flaubert que hay paisajes que se quedan para siempre en el corazón y, desde luego, hay experiencias y vivencias que se graban en la memoria del corazón.

Todas aquellas sensaciones, sentimientos y pensamientos –laicos y religiosos- se grabaron en el disco duro de mi infancia, y, de vez en cuando bajan de la nube para recordarme los orígenes.

Pero vuelvo al interés que siempre ha habido por publicitar nuestra Semana Santa. Es interesante observar que, desde siempre, tanto los ayuntamientos como las Comisiones Permanentes, trataban de que viniera mucha gente a visitarnos en estas fechas.

Por ejemplo, en el número 1 de la Revista –Guía de Semana Santa de 1954(¡Hace ya 65 años!) se publicaba un artículo de Francisco Tolsada titulado" La propaganda de la Semana Santa" en la que lamenta lo desconocida que era la de Ciudad Real que es "la bella desconocida fuera del ámbito de nuestra provincia y cualquier otra, sin tantos valores estéticos, de ciudad análoga a la nuestra, halla más resonancia en los medios turísticos del país y con ello la certeza de una mayor afluencia de visitantes". Y reclamaba un esfuerzo permanente de todos para "que no se limite la propaganda a unos cuantos días y a un corto radio de acción, es decir que exceda a las fronteras locales… Con ello se

beneficiarían todos, la ciudad entera y no menos los industriales, los más directamente beneficiarios".

Significativamente en el ejemplar de La Pasión, de la Semana Santa de ciudad Real de 1962 se publica una entrevista con el Presidente de la Comisión Permanente, que era Alfonso Navarro Villodre.

Una de las preguntas era: "¿Ve la Semana Santa de Ciudad Real con fuerza suficiente para atraer al turismo de fuera de la provincia?" y contestaba: "La veo con fuerza suficiente para atraer masas turísticas… creo que a poco que nos lo propongamos atraeremos un número considerable de turistas, tanto españoles como extranjeros, y buena prueba de ello es que llevamos ya varios años viendo en nuestras calles, durante la Semana Santa, vehículos y autocares con matrículas de toda Europa".

Exageraba un poco D. Alfonso. Parecía un político en campaña.

El esfuerzo venía de lejos, Rafa Cantero cita una reunión en 1923 de los Hermanos Mayores de las Cofradías y los curas párrocos de Ciudad Real con el fin de solicitar al Ayuntamiento "que se pida a la Compañía de ferrocarriles el establecimiento de trenes especiales…" o al menos que se procure obtener una reducción de los precios para facilitar más afluencia de forasteros. Petición que, según este mismo autor ya se hizo en 1911 y en 1914 tratando de gestionar ante la Compañía de Ferrocarriles "el abaratamiento de los billetes desde el miércoles Santo al domingo de Resurrección".

En fin, no quisiera acabar con lo más profano, por importante que sea para la economía de la ciudad y el esplendor de nuestra Semana Santa.

Antes de finalizar, quiero expresar mi reconocimiento y gratitud a todos cuantos hacen posible la celebración de nuestra Semana Santa con un gran esfuerzo y un interés desinteresado por el que les debemos agradecimiento y felicitaciones. Los ciudadanos deben saber que, tras los desfiles procesionales hay muchas personas que se desvelan a lo largo de todo el año para que nuestra Semana Santa sea lo que afortunadamente es. Gracias pues a todos los responsables de todas las Cofradías y Hermandades y a los miembros de la Comisión Permanente. Gracias a todos los penitentes, costaleros y paisanos que participan, algunos como espectadores, en nuestra Semana Santa y la mantienen y engrandecen.

Y permítanme para terminar que haga un pequeño homenaje a mi familia. El pregón de 1992 lo terminé con un soneto de mi tío Jose Luis Barreda Treviño dedicado al Cristo de la Piedad, el de este año, lo quiero terminar con otros versos suyos, en este caso dedicados a La Dolorosa: publicado en el Boletín de Información Municipal de marzo de 1962:

En el inmenso dolor

De la Virgen Dolorosa,

Está la madre amorosa

Divinizando su amor

¡Cuántas lágrimas Señor!

Mofa, escarnio, cruz, espino…

Están marcando el destino

El centurión y el sicario.
¡Ay! Qué cerca está el Calvario
¡Y qué largo es el camino!

Muchas gracias.